

EL RELATO HISTORICO NOVELESCO

LOS PIRATAS EN CARTAGENA

Escribe: SOLEDAD ACOSTA DE SAMPER

CUADRO QUINTO (Continuación)

CAPITULO IV

ALBERTINA DE LEYVA

Lloraba amargamente una sirvienta española en una casa de Portobelo, en tanto que procuraba revivir el inanimado cuerpo de una hermosa niña que yacía tendida sobre unos cojines, al pie de un estrado.

Los lamentos de aquella mujer llamaron la atención de un joven militar inglés que a la sazón pasaba por frente a la casa; y como esta permaneciese abierta, no tuvo embarazo en entrar a averiguar lo que sucedía.

—¡Se muere mi ama! decía la criada. ¡Se muere sin que nadie nos socorra!

—¿Qué sucede? exclamó entrando el inglés e inclinándose sobre el postrado cuerpo de la niña, la tomó el pulso.

—No ha muerto, repuso; pero la debilidad está matando a esta infeliz...

—Estaba convaleciendo de una enfermedad muy grave, contestó la criada, cuando ocurrió la llegada de los ingleses; esto alarmó tanto a mi señorita, que desde el primer cañonazo no ha hecho sino temblar, no ha pasado un bocado, y por último se me acaba de desmayar como lo ve su merced, solo porque vio algunos ingleses uniformados por la calle.

—Es raro, dijo el inglés: permítame usted tomarle el pulso de nuevo... Aunque soy capitán de un buque de guerra, estudié para médico, y llevo aquí un cordial que puede revivir quizás a esta dama.

Ayudado de la sirvienta, introdujo entre los apretados dientes de la niña algunas gotas de licor de un pomo que llevaba en el bolsillo. Pasados unos momentos, Albertina de Leyva, pues era ella, empezó a revivir. Temió el joven asustarla con su presencia, y salió del aposento, dejándola sola con la criada.

En tanto que la joven recobra bien sus sentidos, digamos quién era el militar inglés, el cual, sea dicho de paso, hablaba el castellano perfectamente, y por eso pudo conversar con la sirvienta de Albertina, como hemos visto.

Hijo de un inglés que había vivido mucho tiempo en España, aprendió desde su niñez el idioma castellano. Educado para médico, abandonó aquella carrera por dedicarse a la marina, en la cual se distinguió tanto por su audacia y felices golpes de fortuna, que el almirante Vernón le protegió particularmente, y le fue concediendo ascensos, hasta nombrarle capitán de un buque de guerra de aquella expedición contra las Indias españolas.

Ardiente como el clima en que había pasado sus primeros años, Roberto Keith había tenido numerosas aventuras en tierra y mar, y las damas que le conocían le admiraban y temían, le buscaban y le huían. Era uno de aquellos hombres que no podían ser indiferentes nunca: o era odiado a muerte, o amado entrañablemente. Alto, rubio, de ojos negros, de retorcido bigote, de porte elegante, de palabra fácil y elocuente, rara vez dejaba de hacer la conquista de la mujer que galanteaba; y, ¡cosa rara!, las galanteadas, aunque tuviesen que quejarse de él después, casi nunca dejaban de perdonarle.

La belleza de Albertina y su porte señorial llamaron la atención del capitán, el cual resolvió entretenerse en Portobelo haciendo aquella conquista.

Peligroso encuentro, por cierto, había hecho Albertina de Leyva, en su soledad y lejos de su padre, el cual, habiendo partido para Cartagena pocos días antes de la llegada de Vernon, no podía regresar para amparar a su hija a tiempo. Pero si nuestra española no tenía a su padre cerca, la protegía su propio corazón. Amada y amando al teniente Loyzaga, que vino con ella a Indias en *La Isabel*, como vimos en el capítulo II de este relato, estaba en vísperas de casarse con él, y de establecerse en Cartagena, pues el insalubre clima de Portobelo había probado mal a la hija de don José de Leyva.

Merced a los medicamentos administrados por el capitán Keith, Albertina se acabó de curar de las fiebres que sufría y habían aniquilado sus fuerzas hasta el punto en que la vimos. El inglés se captó en breve la buena voluntad de Dolores, la criada, y aunque su ama procuraba manifestarse seria y retraída y trataba de negarse a verle, Keith la visitaba diariamente, con diversos pretextos y a despecho de la niña.

Al fin, viendo que su criada era cómplice y protectora del inglés, a quien contra su voluntad introducía a su presencia, Albertina resolvió hablar directamente y a las claras con él.

—Capitán, le dijo, bien sabe usted cuán agradecida estoy con motivo del bien que me ha hecho con sus medicamentos.

—Pero esto no es del caso, hermosa Albertina...

—Sí es del caso... Quiero que usted sepa que yo no soy desagradecida; pero... le suplico que no frecuente mi casa; estoy sola; mi padre se halla ausente...

—¡Por lo mismo!... Yo soy médico y mis servicios...

—Aguarde usted que acabe de decirle... Como mi padre está ausente, no quiero que las malas lenguas puedan herir mi reputación; ya estoy enteramente repuesta; me han visto en la iglesia; no hay motivo, pues, para que usted venga a visitarme con frecuencia.

—¡Me despide usted de su casa! dijo Keith con aire de despecho. ¿Acaso la he faltado al respeto? A pesar de las muchas ocasiones que he tenido...

—¡No, señor capitán! exclamó Albertina con dignidad; no me ha faltado usted al respeto, ni eso lo hubiera permitido jamás una mujer de mi estirpe y calidad. Pero, repito a usted, no me conviene que le vean a usted en mi casa. Los vecinos...

—¿Qué la pueden importar a usted los vecinos de este lugar? Gente pobre e infeliz es la única que ha quedado: la mayor parte de las casas buenas están vacías. Por otra parte, añadió, si eso es lo que la arredra, vendré a horas en que nadie pueda verme...

—¡Caballero... me insulta usted!... Repito a usted que no me convienen sus visitas a ninguna hora.

—¡Qué ingrata es usted!... Cuando yo no vivo sino con la esperanza de verla, me destierra de su presencia. Pero no la creo... ni la obedeceré... Seguiré viniendo a visitarla, aunque me haga mal semblante.

—¡Como me ve sola y desamparada, se aprovechará usted de mi posición!

Y al decir esto se cubrió ella la cara con las manos y rompió a llorar.

Inmediatamente se arrojó el capitán a los pies de la niña; suplicóla en sentidísimas palabras que le perdonase, y antes de que ella pudiese contestarle, salió del aposento y de la casa, confiando en que dejaba una buena impresión en el ánimo de Albertina.

Varias veces se repitieron semejantes escenas entre Keith y Albertina, en una de las cuales ella le confesó que tenía novio, el cual podría enfadarse al tener noticia de las visitas del inglés.

—¡Novio! exclamó él muy picado. ¡Ya me lo figuraba!... Y pensó: esta esquivéz no era natural, y he de conquistarla a pesar del novio, o más bien, por causa de él.

—¿Y por qué se lo figuraba? preguntó ella.

—¿Y quién es ese dichoso mortal? dijo él sin contestar a la pregunta.

—Un joven capitán de una balandra del gobierno español.

—¡Su nombre, su nombre! exclamó Keith con impaciencia.

—¿Y qué le importa a usted su nombre?

—Efectivamente, no me importa su nombre; me basta saber que existe...

Salió el capitán inglés de la presencia de Albertina, muy pensativo y cabizbajo, y se fue a su buque. Allí tuvo noticia de que el almirante Vernon necesitaba conferenciar con él en su navío, el *Straford*. Encontróle escribiendo.

—Keith, le dijo el almirante, necesito mandar a Inglaterra a una persona de toda mi confianza para dar noticia circunstanciada de lo ocu-

rrido aquí; triunfo que deseo se celebre con toda solemnidad en Londres, para que Walpole entienda quién soy yo, y mis amigos se alegren de una gloria que producirá inmensa resonancia en toda Europa.

—¿Y a quién ha escogido usía para llevar esa misión al rey?

—¿Me lo pregunta usted?

—Lo hago con todo respeto...

—¿A quién había de encomendar esto, sino a una persona en quien tengo completa confianza? ¡Al señor capitán Keith!

—¿A mí? preguntó este con expresión de poca alegría.

Vernon le miró sorprendido.

—Pensé dar a usted una noticia agradable; pero veo que me equivoqué... ¿Qué significa?

—Agradezco en el alma esta distinción, pero...

—¿Pero qué?

—Muchos de los marinos de mi buque están enfermos.

—Por lo mismo, será mejor sacarles de aquí.

—Con los pocos sanos que conservo no se alcanza a manejar el *George*.

—Se le darán marinos sacados de los otros buques, para ayudar.

—Yo deseaba, por otra parte, acompañar a usía en la expedición a Panamá.

—He resuelto abandonar esa empresa... Será preciso tomar los puertos y fortalezas de los españoles en este lado del mar, antes de atacar los puertos y castillos fuertes en el Pacífico. De otra manera arriesgaríamos perderlo todo.

Keith permaneció callado un momento.

—¿Y cuándo deberé partir? preguntó al notar que Vernon continuaba escribiendo, sin añadir cosa alguna.

—Al clarear el día de mañana... Ya se ha mandado preparar lo preciso para el viaje.

—¡Dentro de doce horas! exclamó Keith.

—¿Qué le pasa a usted? preguntó el almirante. Le desconozco enteramente.

—Nada, señor...

—¿Estará acaso enfermo?... Y añadió sonriendo: ¿o los bellos ojos de alguna española le tienen preso en Portobelo?...

—No, señor... Iré inmediatamente a prepararlo todo.

Y despidiéndose salió de la presencia del almirante, pasó a su buque, dio allí las órdenes más precisas, y empezaba a oscurecer cuando saltó a tierra y se dirigió a casa de Albertina. Dolores le abrió la puerta.

—¿Podré ver a tu señora? preguntó.

—Me ha prohibido absolutamente que le deje a usted entrar.

—Vengo a despedirme.

—¡A despedirse!... ¿Parte usted?

—Antes de amanecer... Díle eso a la hermosa Albertina.

La criada entró en la sala en que estaba su señora y detrás de ella, sin aguardar a que le diesen licencia, siguió el capitán inglés.

Empezaba a oscurecer, como dijimos antes, y Albertina, cerca del balcón abierto, en pie y vestida de blanco, parecía una sombra aérea.

—Señorita, dijo Keith, perdone usted mi atrevimiento; pero mi excusa es que vengo a decirla que parto para Inglaterra.

—¿Se va la escuadra inglesa? exclamó Albertina con acento de alegría.

—Me voy yo solo con mi buque...

—¿Y viene usted a despedirse?

—Vengo a avisárselo a usted... No quiero despedirme ni dejarla.

—¿Cómo así?

—¿Me perdonará usted si la hago una proposición?

—Según sea ella...

—No sé cómo decirle a usted lo que quiero, de manera que no se ofenda... ¡Tiene usted unas ideas tan exageradas!

—No diga nada; así será mejor. Y alargándole la mano añadió: hasta otra vista, capitán; no quiero detenerle a usted, pues tendrá mucho que hacer.

Keith la tomó la mano, y sin soltársela, con acento tierno, dijo:

—Albertina, ¿me dejará usted partir así con tanta indiferencia?

Ella pugnó por zafar su mano de la del inglés, pero no contestó nada.

—Escúcheme usted, ingrata, repuso él; yo no puedo vivir ya sin su presencia...

Albertina hizo un esfuerzo y se alejó del lado del capitán.

—Ya he dicho a usted, dijo con dignidad, que no gusto de esta clase de conversación; que ni quiero, ni debo oírle a usted... Viene usted a despedirse: le deseo toda clase de felicidades lejos de Portobelo.

—¿Rehusaría usted acompañarme?

—¿Yo acompañarle! ¿En calidad de qué?...

—De mi muy amada... esposa.

—¿Yo esposa de usted!... Usted se burla...

—¿De usted, jamás!... Yo no puedo irme y dejarla, y prefiero casarme con usted...

—¿Aquí, antes de mañana?

—Quizá no se podría tan pronto... Pero a nuestra llegada a Inglaterra...

—¡Dolores! exclamó Albertina con acento irritado (la criada siempre estaba presente durante las visitas del capitán), este caballero no sabe lo que dice: muéstrole la puerta de la calle.

Al decir esto entró en su aposento y se encerró.

Quedóse parado en la mitad de la sala el frustrado capitán. La criada había encendido un velón de sebo y puéstolo sobre una mesa, pues ya

había cerrado la noche por completo. A la amortiguada e incierta luz de aquel velón, el capitán y Dolores se miraron durante algunos momentos; él la hizo una seña, y salieron juntos hasta la calle; allí hablaron en voz baja, y el capitán, después de ponerla en la mano una pesada bolsa llena de doblas de oro, se alejó a pasos precipitados con dirección a su navío, mientras que Dolores entraba en la casa a verse con su señora.

Media hora después golpeaba a la puerta, de manera particular, un grumete que había despachado desde su navío el capitán Keith. Dolores bajó a abrir y recibió y guardó en el seno un pomo.

—¿Quién tocaba? preguntó Albertina cuando volvió a subir la criada.

—No había nadie cuando llegué a la puerta, contestó esta entrando en la cocina.

Momentos después llevaba a su ama la cena y una espumante jícara de chocolate.

—Tiene un extraño sabor, dijo Albertina probando aquella bebida.

—¿Qué sabor ha de tener? repuso Dolores; tómesele sumerced, que está todavía muy débil, y dijo el capitán inglés que era preciso que se alimentase bien.

—¡No me hables de ese inglés!... Gracias a Dios que ya salimos de él.

—No me callaré, señora, si no se toma el chocolate; que la hace daño no comer.

Albertina, por dar gusto, se tomó toda la jícara; pero apenas hubo acabado de apurarla, cayó para atrás sobre los cojines de su estrado, profundamente dormida.

Dolores se acercó a su ama; la llamó, y viendo que no contestaba, bajó de nuevo a la puerta de la calle, en donde aún la aguardaba el grumete inglés; y como este no entendía español, no le habló, sino que en silencio le devolvió el pomo vacío, que poco antes le había entregado lleno. El muchacho lo tomó, y sin decir nada tampoco, se puso a correr con dirección al puerto.

CAPITULO V

EN ALTA MAR

El buque gemía, traqueaba por todas partes, se sacudía, temblaba y tambaleaba, como un hombre ebrio, al atravesar por enmedio de las encrespadas olas. El viento zumbaba entre los palos desnudos de velas, y hacía sonar las cuerdas, como si fueran las de un destemplado violín; la lluvia lo empapaba todo, y mojaba hasta los huesos a los marinos, que corrían como energúmenos de una parte a otra, obedeciendo a la voz del capitán, que gritaba sus órdenes por medio de una bocina.

Tendida sobre unos cojines, en el fondo del mejor camarote de aquel navío, yacía, cubierta la cara con las manos, la desdichada Albertina de Leyva.

—Mi señora querida, decía la sirvienta, cuando con el lector penetramos en aquel recinto; por el amor de Dios, no se desconsuele así...

—Cállate, contestó la niña con apagado acento; cállate... No me digas nada, que no quiero oír tu voz.

—Señorita de mi alma, contestó humildemente la otra: mi culpa no es tan grande como lo parece. Escúcheme sumerced...

—Repito que no quiero oír nada de lo que tantas veces me has repetido... Bástame saber que soy la mujer más desdichada del mundo, y que perdidas están mi reputación y mi existencia.

—¡No tanto, señora, no tanto! El capitán es más joven, más gallardo y más rico que cuantos galanes he visto en mi vida... Ya he dicho a sumerced que si él se la sacó de Portobelo, privada de sentido, aquella madrugada, ha sido con sanas intenciones de casarse con su merced apenas lleguemos a Inglaterra. Ya ha visto cuán respetuoso ha sido desde que nos trajo, pues no me he separado de su merced un palmo, desde que bajamos a este camarote, hace ocho días, y...

—¡Ocho días! exclamó Albertina; ocho días hace que yo era la novia de Loyzaga... y la mujer más feliz... y hoy, ¡Dios mío! Ahora ¿qué soy?

Y al decir esto, tornó a llorar y a gemir con desconsuelo.

—Parece, añadió, como si los mismos elementos se hubiesen conjurado contra nosotros: desde que salí del prolongado desmayo que me acometió, no se por qué, poco después de la salida del capitán Keith, aquella aciaga tarde, y me encontré en este odioso lugar, no ha habido una hora de calma; sin cesar ha soplado el viento; sin tregua el vendaval nos ha batido día y noche...

En aquel momento el barco, que había subido a la cumbre de una altísima ola, se arrojó de punta a un valle líquido, y al mismo tiempo lo ladeó un golpe del mar que estuvo a punto de sumergirlo.

Al sentir aquel descenso, que parecía como que se fuese al fondo del mar, y después el golpe que recibió el bajel sobre el costado, Albertina creyó que había llegado su último momento, y dio una larga y estridente voz, la cual vino a resonar hasta los oídos del capitán, que se hallaba en lo alto de la escalerilla que conducía al camarote.

—¡Señor! decía Albertina agarrándose de la aterrada Dolores. ¡Misericordia! Gracias os doy si me sacáis de este mundo, añadió; mundo que ya no quiero ni apetezco. ¡La muerte será una bendición!

Sin embargo, después de un momento de vacilación, el bajel se enderezó temblando aún, y siguió más tranquilo, subiendo y bajando fácilmente por encima de las olas, ya menos altas y encrespadas; la fuerza del viento se debilitó, y poco a poco el movimiento del buque se hizo menos agitado.

Dolores se levantó del suelo; arregló los cojines en torno de su ama, la cual no había querido tomar otra postura desde que se encontró en el bajel comandado por Keith, y pasó a otro camarote, en donde encontró al mayordomo, a quien pidió algún refrigerio para su ama, que nada había querido tomar ese día. El mayordomo, que hablaba algo de español, la dijo que tenía recomendación del capitán para que la advirtiese que él necesitaba hablar algunas palabras con su ama.

—Ella no consentirá, contestó Dolores, como hasta ahora no lo ha querido consentir desde que salimos de Portobelo.

—Aguárdame un momento, repuso el mayordomo, avisaré al capitán. Usted sabe que en su buque nadie puede desobedecerle.

El capitán no quiso aceptar la negativa de Albertina, y un momento después se presentaba a la puerta del camarote que ocupaba su prisionera.

—Perdóneme usted, señora, dijo, pero es preciso que yo la hable.

Ella, agazapada en un rincón, no contestó palabra.

—Vengo a decirla que si yo hubiese pensado que usted me odiaba tanto —hasta desear la muerte—, de ninguna manera la hubiera sacado de su casa para traerla conmigo.

Albertina continuaba callada.

—Mi amor es verdadero, continuó él al cabo de un momento; y así, prefiero darla gusto más bien, que conservarla en mi poder contra su voluntad.

La niña no dijo nada.

—Vamos ya llegando a Jamaica... Si usted quiere, la puedo recomendar al capitán de algún buque de nación neutral, el cual la puede llevar de nuevo a Portobelo, o a Cartagena, si usted lo prefiere, y entregarla a su padre...

—¡A mi padre! exclamó Albertina con doloroso acento.

—O a su novio, dijo Keith con amargura.

—¡Jamás! ¡Oh! Jamás me pondré delante de mi padre o de...

Y al decir esto, Albertina se fue a arrojar de rodillas delante del capitán:

—¡Máteme usted, señor, máteme!... exclamó. ¡Yo no puedo hacerlo por mi mano, porque perdería mi alma! ¡Pero como una caridad lo puede hacer usted! ¡Dios le recompensará, créamelo, por esta buena obra!

—¡Buena obra! dijo el inglés. No desbarre usted, Albertina. ¡Levántese!... Y muy conmovido la hizo levantarse. Hablemos con calma, añadió.

La hizo sentar, y entonces la dijo:

—¿Es decir que no quiere usted volver a su casa?

—¿No ve usted que mi honor está perdido; que nunca, jamás, podré presentarme delante de los que me han conocido, y que he perdido al mismo tiempo a mi padre, a mis parientes, a todos?

—¿Qué quiere usted entonces?... Aunque yo la amo a usted con todo mi corazón, usted me odia; me lo ha dicho muchas veces...

—¿Qué deseo yo? me pregunta; ya se lo he dicho: que me haga matar. ¿Qué debe hacer usted, si es un caballero?... Eso lo sabe usted mejor que yo.

—Lo que yo deseo es ofrecerla mi mano de esposo, contestó él: lo que estoy obligado a hacer, es eso mismo. ¿Pero lo admitiría usted?

—¿Y qué otra cosa puedo hacer para salvar mi honor? contestó ella.

—Pero... y si usted me odia, ¿no seríamos desgraciados ambos?

—Procuraré, dijo ella, mientras que las lágrimas rodaban por sus mejillas una a una, procuraré cumplir con mis deberes mientras viva... Quizá Dios se apiadará de mí pronto.

—¡Gracias amada Albertina! exclamó el capitán, tomándola una mano que besó respetuosamente. La he de hacer tan feliz, una vez que sea mía, que aprenderá a amarme.

—Le hago una súplica, dijo ella, tratando de ocultar la amargura que sentía en el fondo de su alma; una súplica encarecida:

—¿Cuál?

—Que procure no hablarme más antes de que arribemos a Inglaterra, y mientras no llegue la hora de celebrar el matrimonio.

—¿Por qué tanta crueldad?

—Así lo exigen las conveniencias... Yo se muy bien que usted, como caballero, no se negará a concederme este favor.

—¿Qué me pedirá usted que yo la niegue, aunque sea a costa mía?

—Empiece ya, pues, a cumplir su promesa... ¡En Inglaterra nos veremos! repuso ella despidiéndole con un ademán.

Apenas hubo salido el capitán de su presencia, cuando Albertina rompió a llorar con gran desconsuelo. Tranquilizóse, al fin, por medio de la oración, y por primera vez durmió aquella noche, después de su salida de Portobelo; la suerte estaba echada: sería, contra su voluntad, la esposa de un inglés, de un enemigo declarado de España... Ella, pensaba, hubiera podido evitar esa desgracia, y, sin embargo, casi se lo había exigido al capitán. Era preciso olvidar a Loyzaga, que en adelante la miraría mal y la aborrecería como a mujer inconstante y voluble. ¿Cómo hacerle saber, y sobre todo hacerle creer que había sido robada por el inglés, durante un desmayo del cual ella no se había dado cuenta, puesto que Dolores no la había confesado que recibió de parte de Keith un pomo, cuyo contenido, mezclado con el chocolate, produjo en ella tal fenómeno? A pesar de todo aquello, veía al fin su honor rescatado, aunque a costa de su dicha, y eso la bastaba para consolarla un tanto.

CAPITULO VI

EN INGLATERRA

El 13 de marzo de 1740 llegó a Inglaterra la noticia de la toma de Portobelo; noticia que fue recibida con loco entusiasmo por los ingleses, que pensaron que aquel triunfo significaba mucho más de lo que fue en realidad.

El parlamento felicitó solemnemente al rey por una victoria tan señalada sobre España, y cuando la familia real se presentaba en alguna parte, era aclamada por el pueblo con aplausos, e insultada la nación española en todos los tonos. Se mandó elevar el ejército de tierra a veinte mil hombres, y a seis mil el de mar, para atacar a España en América, y se decretaron cuatro millones de libras esterlinas para los gastos de la guerra.

Keith cumplió con su palabra al pie de la letra. No bien hubo desembarcado, cuando buscó un clérigo irlandés, que vivía oculto en Londres, el cual no tuvo inconveniente en casarle con la triste Albertina de Leyva. Esta comprendió que era preciso hacer un supremo esfuerzo para no manifestar a su marido todo el dolor que abrigaba en su corazón, y procuraba tratarle con un cariño que absolutamente no sentía. El la trataba con muchísimas consideraciones; pero cuando quiso presentarla a algunos de sus parientes, estos rechazaron con odio manifiesto a la *papista española*; dos defectos que no podían perdonar los ingleses de aquella época. Aunque no comprendía el idioma inglés, Albertina entendió que ya no la quedaba en este mundo ninguna persona que la amase y estimase sino su marido, el cual, pensaba ella, al fin se cansaría de la frialdad que ella no podría encubrir, y quizás hasta la abandonaría. La desgraciada pasaba la mayor parte de su vida sola, pues Keith estaba muy ocupado preparando el armamento, y ayudando, como hombre que ya tenía conocimiento de lo que se necesitaba en América, en los preparativos que se hacían para enviar una escuadra a Vernon, con la cual debería atacar, tomar y aniquilar las colonias españolas en las Antillas y Tierra Firme, mientras que se le había encomendado al comodoro Anson que atacase a los españoles en Buenos Aires, Chile y Perú, hasta el istmo de Panamá, del cual debería apoderarse en combinación con Vernon.

Estas noticias llenaban de pesadumbre y de zozobra a la española, cuyo patriotismo se enardecía, por lo mismo que se veía entre enemigos de su nación; y hubiera dado su vida por poder enviar a decir a su padre lo que sucedía, para que se preparasen a resistir al enemigo en Cartagena, lugar que ella sabía sería atacado en primer lugar.

Aunque Albertina salía muy rara vez de su casa, Dolores, que se quejaba sin cesar de la vida en Inglaterra, solía pasar al parque del Regente —que estaba cerca—, a respirar el aire, y casi siempre regresaba al lado de su señora más quejosa y disgustaba con aquellos *herejes desalmados*, como ella llamaba a los ingleses.

—¡Mi señora! exclamó la criada un día, entrando como un vendaval en el cuarto de su ama, ¡acabo de encontrarme con unos compatriotas!

—¿De veras? contestó Albertina. ¿Y cómo los reconociste? Pues deben de estar ocultos en Londres, a riesgo de ser maltratados por este pueblo que tanto nos detesta.

—Les oí hablar detrás de un bosquecillo algunas palabras en castellano, y sin poderme contener, me les acerqué y les pregunté si eran españoles. En breve entablamos conversación: ellos están disfrazados de italianos, y, según les entedí, han venido como espías, mandados por el rey para que indaguen aquí lo que sucede.

—¿Y habrán descubierto algo?

—Me dijeron que poco... No han podido obtener todas las noticias que desean, y, sin embargo, deben embarcarse de vuelta a España pasado mañana.

—¡Yo les daré cuantas noticias sé!... ¡Cuánto me alegro! dijo Albertina. Pero, añadió, yo se todo esto porque Keith no desconfía de mí. ¿No sería una felonía aprovecharme de ello para repetir lo que me ha dicho en secreto?

—¡Felonía, señora! ¿Y no está su merced aquí contra su voluntad, robada por el inglés?

—Sí; pero tengo que agradecerle que haya reparado su mala acción casándose conmigo...

—Eso no impide a su merced que antes de ser mujer del capitán fuese en primer lugar española.

—Tienes razón... Aunque poco se escribir, pues mi padre no quiso que aprendiera sino a firmar mi nombre, haré los garabatos que pueda en un papel para avisar lo que he logrado averiguar acerca de los preparativos que se hacen aquí... Pero, añadió, ¿tú volverás a ver a los españoles?

—Sí; mañana les encontraré en el parque... Yo les ofrecí llevar todas las noticias que pudiera recoger de aquí a mañana.

—Está bien. Entre tanto yo prepararé el papel...

Con mil dificultades logró al fin Albertina apuntar cuanto sabía de los preparativos que se hacían en Inglaterra contra las colonias americanas. Cuando su marido llegó a comer la encontró muy colorada por los esfuerzos inauditos que había hecho para elaborar una página de mal coordinadas y peor redactadas noticias; faena que costó más trabajo a la pobre Albertina que a otro escribir un volumen.

Para ocultar lo que la preocupaba, la española se manifestó más amable que de costumbre, y púsose a preguntar a Keith mil pormenores acerca de los preparativos bélicos que se hacían en Inglaterra.

—Acábase de saber que tres naves de guerra nuestras, dijo Keith, después de un obstinado combate en la bahía de Vizcaya, se apoderaron de un buque de guerra español, el cual se sacrificó, según dijo su capitán, para dar tiempo a que huyesen los buques que llevaban a España los tesoros enviados de América.

—¡Tres buques contra uno solo no es victoria honrosa! exclamó Albertina. Pero, añadió, ¿en qué estado están los preparativos que me había dicho usted se hacían con tanto boato?

—Se están concluyendo ya y pronto nos daremos a la vela... El almirante Haddock ha permitido que varias flotillas españolas salgan de Cádiz y de El Ferrol, sin interrupción alguna, de lo cual se queja con razón el almirante Vernon, el que ha estado diez meses en Jamaica aguardando recursos para atacar a Cartagena, sin haber recibido ninguno hasta el día de hoy.

—Y mientras tanto, dijo Albertina, ¿qué ha hecho el rey de Francia? ¿No ayuda a España?

—Sí: hace poco que salió de Dunkirk una escuadra que va en auxilio de las posesiones españolas.

—¡Gracias a Dios! dijo Albertina, sin poderse contener.

—¿Y se alegra usted de que se aumenten mis enemigos? preguntó Keith.

—¡Sus enemigos!

—Sí, puesto que partiré dentro de breves días en la flota de sir Chaloner Ogle, que se está acabando de armar en Spithead.

—¿Y cuántas naves son las de esa flota? preguntó Albertina.

—No menos de ciento setenta... No hay duda ninguna de que venceremos.

—¡Dios es muy grande! dijo Albertina, y no siempre resultan exactas las previsiones de los hombres.

—Después de lo sucedido en Portobelo con seis buques no más, repuso Keith, creo segura nuestra victoria.

—Portobelo, dijo Albertina, estaba a cargo de cobardes; esto no volverá a suceder; tanto más cuanto ya España ha tenido una lección, y mandará a América quien sepa defender sus plazas fuertes.

—Los españoles, contestó él, son muy lentos en sus movimientos, y con seguridad no habrán hecho nada para prepararse... Por otra parte, nuestros armamentos se han hecho muy en secreto, y en España no se tiene idea de lo formidable que será el ataque.

Albertina se sonrió con aire malicioso, sonrisa que el capitán Keith no comprendió, pero que le chocó como agresiva y burlona.

—Tan seguros estamos, dijo, sacando una cajita de tafilete del bolsillo, de que ganaremos sin falta, y de que tomaremos a Cartagena, que se han mandado acuñar medallas conmemorativas para premiar a los jefes, oficiales e individuos de la tropa y de la marina real, que se distingan más en el ataque de aquella plaza. Mírelas usted, añadió, abriendo la cajita y sacando las medallas.

Albertina se acercó a la mesa sobre la cual Keith había puesto lo que decía, y tomando una medalla de bronce en la mano, dijo:

—¿Esto qué significa? Un oficial con la rodilla en tierra presentando a otro su espada, y con una leyenda en inglés en torno...

—La leyenda, contestó Keith, quiere decir: *El orgullo español abatido por el almirante Vernon* (1). Y volviendo la medalla, añadió: y en la opuesta cara vea usted seis buques delante de un puerto de mar y estas palabras: *Quien tomó a Portobelo con solo seis naves* (2).

Palideció de cólera Albertina, pero supo dominarse al decir:

—¿Y quién es ese oficial que tan humilde se manifiesta.

—Nada menos que don Blas de Lezo, jefe de la escuadra española apostada en Cartagena de Indias. ¿Acaso usted le conoce?

—En la medalla no se le parece, por cierto; ¡y apostaría mi existencia a que jamás los ingleses, o ninguna otra nación, le verán en esa postura!

—Eso lo veremos, contestó Keith, y tomando una medalla de plata la mostró, diciendo: en ésta hay una leyenda todavía más significativa.

—¿Qué dice?

—*Los héroes británicos tomaron a Cartagena en abril de 1741.*

—Conque tienen completa seguridad, dijo Albertina, de entrar en Cartagena dentro de seis meses?... ¡Es tentar a la Providencia, por cierto, el manifestar semejante soberbia!

(1) Biografía de Lezo, publicada en el almanaque de *La Ilustración Española y Americana*, año de 1881.

(2) *Historia Eclesiástica y Civil*, de Groot, página 369.

—Cuando la soberbia está fundada en una fuerza como la que tenemos, no es tentarla.

—Veremos, capitán Keith, contestó Albertina con una sonrisa forzada. ¿Quiere usted hacer una apuesta?

—¿Con motivo de qué?

—Apuesto lo que usted quiera a que los ingleses no entran en Cartagena; y si acaso entraren —que Dios no lo permitirá— jamás don Blas de Lezo entregará la espada: yo le conozco...

—¿Y qué extraordinarios méritos tiene ese oficial?... ¿Es joven? preguntó Keith con cierta inquietud celosa.

—Es amigo viejo de mi padre, y tendrá su edad: entre cincuenta y sesenta años. Es natural de Pasajes, en la provincia guipuzcoana. Se educó en Francia y sirvió en las guerras que ocurrieron en la época de la coronación de nuestro actual rey. En un combate perdió una pierna que le llevó una bala de cañón. Estuvo en muchísimas batallas navales, en donde varias veces fue herido. Concluída la guerra de sucesión, continuó en la armada real española. Era capitán de navío, y tuvo el honor, como se lo he oído repetir varias veces, de presenciar la reconquista de Mallorca; le hicieron después jefe de una escuadra en Indias, con la cual perseguía a los piratas y corsarios ingleses y holandeses que frecuentaban esos mares; después le mandaron al Mediterráneo, en donde fue el terror de los piratas argelinos. Hará tres años que su majestad el rey le confió el mando de la escuadra que escolta los galeones del nuevo mundo a España, en lo cual se ha distinguido por su gallardía y valor a toda prueba... ¿Y piensa usted que un hombre de este temple entregará su espada a los ingleses?

—¿Qué sabemos?... Los españoles no son los únicos valientes del mundo.

—Volviendo a nuestra apuesta, repuso Albertina, ¿me dará usted esas medallas en depósito hasta que se sepa cuál ha sido el resultado del sitio de Cartagena?

—Qué me place... Guárdelas usted, que estas me las regalaron a mí.

—Pero no me las volverá a pedir hasta el fin de la guerra. ¿Lo promete usted? preguntó Albertina.

No se las pediré, por cierto.

—Al día siguiente Dolores se veía con sus compatriotas, y les entregaba el papel escrito por Albertina y las medallas de que hablamos arriba, las cuales fueron llevadas a Madrid por los espías españoles, y pueden verse todavía en un museo de Madrid, en donde Felipe V las mandó guardar como una curiosidad.

CAPITULO VII

SE REUNEN LAS ESCUADRAS PARA ATACAR A CARTAGENA

Preparábanse en Inglaterra dos formidables expediciones para atacar a la América española, como lo sabe el lector. Haremos aquí una corta

reseña de la expedición enviada al océano Pacífico, para después contraernos más a espacio a la que tocó a Vernon comandar por la parte norte de Suramérica.

A Jorge Anson, barón de Soberton —marino de gran renombre en las armadas inglesas—, fue encomendada la invasión de las costas de Chile y Perú, hasta el istmo de Panamá, como ya dijimos antes, en combinación con la del almirante Vernon por el oriente. El comodoro Anson salió de Inglaterra con seis fragatas de guerra en septiembre de 1740, y se dirigió al mar del sur; atravesó el estrecho de Maire con un malísimo tiempo, y más lejos perdió varios de los buques que llevaba. Subiendo por las costas de Chile siguió a las del Perú, con una azarosísima navegación, y no hizo más hazaña que robar y quemar el puerto de Paita, apoderarse de cinco naves pertenecientes al comercio del Perú y de una fragata española —*Nuestra Señora de Covadonga*—, proveniente de Manila. Sin lograr acercarse a Panamá, uno de sus mayores deseos, y al fin, desbaratada y arruinada la expedición por los temporales y huracanes, resolvió regresar a Europa en un solo buque que le quedaba tomando la ruta del golfo de Bengala y cabo de Buena Esperanza. Después de cerca de cuatro años de un viaje sumamente peligroso, y sin haber obtenido nada de lo que se había propuesto, Anson entró en el puerto de Spithead, en junio de 1744, cargado de botín, es cierto, pero sin gloria ninguna. A pesar de todo, el gobierno inglés le premió con un grado superior en la marina. En 1758, después de haber tenido varios combates navales con los franceses, a quienes batió, fue nombrado primer lord del almirantazgo, y murió cuatro años después, a los sesenta y cinco de edad. Publicó la *Historia de su viaje en torno del mundo*, y dejó un inmenso caudal proveniente, en gran parte, de la fragata española *Nuestra Señora de Covadonga*, que llevaba un tesoro que valía trescientas treinta mil libras esterlinas, de lo cual se apropió para sí mismo, sin participar nada de esto al gobierno, que había hecho el gasto de la expedición (1).

Entre tanto, el almirante Vernon con la escuadra que tenía en las Antillas, después de la toma de Portobelo, quiso apoderarse de Cartagena con siete buques de guerra y otras embarcaciones de menor fuerza; pero encontró la plaza defendida por don Melchor de Navarrete, el cual no dejó arrimar al enemigo. Este rechazo le obligó a regresar a Jamaica y pedir con instancias los recursos necesarios para poder atacar a Cartagena, ciudad mucho más fuerte que Portobelo, de mayor importancia, y a la cual Vernon tenía malísima voluntad.

Ya hemos visto que en Inglaterra se hacían grandes preparativos para enviar una poderosa escuadra en auxilio del almirante Vernon, la cual salió de Inglaterra al fin del año de 1740. Dicha escuadra iba a cargo de sir Chaloner Ogle y de lord Cathcart, el cual mandaba el ejército de desembarco. Aunque salieron de Spithead ciento sesenta naves —una de las cuales mandaba nuestro amigo Keith—, gran número de ellas fueron desbaratadas y perdidas por un temporal espantoso que acometió a la escuadra frente a la bahía de Vizcaya. Los buques que quedaron sanos continuaron su viaje

(1) Véase *History of England*, por T. Smolett. Tomo VI, pág. 142, y *Aviso Histórico*, de don Dionisio de Alcedo.

a América (otros regresaron a rehacerse en Inglaterra), y en el mes de diciembre tuvieron que detenerse en una isla neutral —la Dominica—, en busca de agua y leña. Mientras que se retardaban allí, enfermó de disentería lord Cathcart, y murió en pocos días, dejando el mando de las fuerzas de línea al general Wentworth, hombre de poca experiencia, de escasa autoridad y sin ningún talento militar, según se dijo, pero patriota y consagrado a sus deberes.

El 9 de enero de 1741 llegó la maltrecha escuadra al fondeadero de Port-Royal, en Jamaica. Encontraron al gobernador de la isla, Trelawney, y el almirante Vernon aguardando refuerzos con mucha ansiedad, pues corrían rumores de que se habían unido las fuerzas navales de España y Francia para atacarles. Pocos días antes habían recibido tropas frescas de Norteamérica, las cuales, unidas a las llegadas de Inglaterra y a las que comandaba Vernon, formaron un conjunto de fuerzas tan formidable como nunca lo hubiese visto el nuevo mundo, reunido en un solo lugar.

El almirante Vernon, que se encontraba a la cabeza de la armada, investido de facultades omnímodas, era, sin embargo, hombre de poca iniciativa, y parece que, a pesar del tiempo que había permanecido en Jamaica ocupado tan solo en estudiar la situación de las colonias españolas, no tenía plan ninguno formado de las operaciones que había de emprender para hostilizarlas.

Pocos días después de llegadas las fuerzas de Inglaterra, se celebró una junta o consejo de guerra, compuesto del brigadier general Wentworth, el gobernador de Jamaica y los oficiales superiores de todas las tropas allí reunidas, y presidido por el almirante Vernon.

Una vez que éste hubo hecho una corta relación de la situación en que se hallaban, en la cual hizo uso de ciertas palabras hirientes con respecto al sucesor de lord Cathcart, cuya muerte fingía sentir mucho, el general Wentworth tomó la palabra para preguntar al almirante Vernon cuáles eran las fuerzas de los enemigos en las principales plazas fuertes de las colonias.

—No he podido saberlo a punto fijo, contestó con altanería Vernon, y creo inútil semejante averiguación.

—No creo que sea inútil, contestó sir Chaloner Ogle; pero si ya no tiene remedio en lo pasado, trataremos de averiguarlo antes de emprender operaciones.

—Lo creo inoficioso, insistió Vernon. A pesar de todo, yo había mandado un pequeño buque con el objeto de pedir informes secretos acerca de las guarniciones que existen en La Habana, Cartagena y las colonias francesas; pero a poco se averió y tuvo que volverse a Jamaica.

—¡Lo que se averió no fue el buque! exclamó Wentworth, de muy mal humor.

—¿Qué quiere usted decir? preguntó Vernon con voz destemplada.

Pero sir Chaloner se interpuso para evitar una molestia perjudicial para la causa que defendían.

—Soy de opinión, dijo, hablando recio, que se deben mandar varias de las fragatas más veleras, con los marinos más experimentados en estos mares, a tomar lenguas, de manera que puedan regresar con las noticias que necesitamos de aquí a pocos días.

—Me niego a ello, repuso Vernon. Usted, señor, acaba de llegar de Inglaterra, y carece naturalmente de la experiencia que yo tengo... Dígame usted, añadió: ¿cree usted que yo necesité saber qué guarnición tenía la plaza fuerte de Portobelo cuando la tomé, con seis buques no más?

—La guarnición no servía para nada, dijo Wentworth, y según me he dejado decir, sobraron cinco buques en aquel ataque... pues con uno solo se hubiera podido tomar. ¡Ha sido más el ruido que las nueces en aquel asunto!

Vernon, que fundaba su orgullo en la toma de Portobelo, se levantó furioso, y empezaba a dirigirse al general para pedirle razón de sus palabras, cuando los demás oficiales le rodearon, suplicándole que se reportase, que primero estaban los intereses y la gloria de su rey que los asuntos particulares. Wentworth, que comprendió que se había propasado en sus palabras, las retiró y volvió a reinar la paz en el consejo; pero era una paz ficticia. De allí para adelante los dos jefes se tuvieron grandísima mala voluntad, y siempre procuraron llevarse la contraria en cuantas operaciones proponía el uno o el otro.

—Según los deseos del gobierno de Inglaterra, dijo sir Chaloner Ogle, dirigiéndose a Vernon, y como habrá visto su excelencia en las cartas de sus amigos, se considera conveniente atacar primero a La Habana.

—¿Qué pueden saber los que se encuentran en Inglaterra, acerca de los asuntos de América? exclamó Vernon. Yo opino por que se debe rendir a Cartagena en primer lugar.

—Pero quizá apurando la salida de la escuadra, alcanzaríamos antes de los meses de huracanes a rendir a La Habana y en seguida pasar a Cartagena.

—Repito que las personas que no tienen experiencia de lo que sucede en el nuevo mundo, no pueden comprender muchas cosas que no se nos ocultan a las que hemos pasado años por estos mares. Es preciso, en primer lugar, manifestar a los que defienden la plaza de Cartagena, que no en vano les hemos amenazado, y que cuando ahora meses tuvimos que retirarnos sin haber podido entrar en la ciudad, no fue jactancia mía el jurar que después volvería a tomarla.

En vano procuró Ogle doblegar la voluntad de Vernon: su opinión prevaleció en el consejo; y como todos sabían que tenía amplias y discrecionales facultades para obrar, no quisieron disgustarle, y por unanimidad se resolvió dirigirse a las costas de Tierra Firme.

A mediados de enero corrió la noticia en Jamaica de que la escuadra francesa, hambreada, y diezmada su tropa por el clima de los trópicos, regresaría en breve a Francia. Esto alentó al almirante en su propósito de tomar a Cartagena en primer lugar; dividió sus fuerzas en tres divisiones, y como fuese estrecha la entrada del puerto, mandó que cada división

saliese en diferente día, siendo la última la que llevaba las tropas de desembarco. El punto de reunión de toda la flota debería ser el cabo Tiburón, en la isla de Santo Domingo.

La escuadra constaba de veintinueve navíos de línea, otro tanto de fragatas y sesenta y cuatro buques menores. El almirante Vernon comandaba directamente la primera división, sir Chaloner Ogle la segunda, y el comodoro Lestock la tercera. Hasta el 28 de enero no se reunieron en el punto dicho todos los buques que componían la escuadra. El 12 de febrero llegó la escuadra a la isla de Vaca y de ahí pasó al puerto de San Luis, en donde supo el regreso a Francia de la escuadra francesa, y tomó leña y agua. El 25 de febrero pasó revista a la armada y se celebró un nuevo consejo de guerra. Se convino en él en destacar dos naves para que fuesen a tomar la costa inmediata a Cartagena, y que avisasen cuál era el mejor sitio para que fondeara la escuadra. Encontraron el sitio adecuado en la Playa Grande, entre la ciudad de Cartagena y Punta de Canoa, en donde surgió la escuadra al caer la tarde del 4 de marzo de 1741 (1).

CAPITULO VIII

DENTRO DE LAS MURALLAS DE CARTAGENA

Desde fines de 1739 había arribado a Cartagena el nuevo virrey del Nuevo Reino de Granada (2), el cual, como comprendiese que podría servir mejor al rey permaneciendo en la costa, en donde había riesgo de invasión extranjera, resolvió quedarse allí todo el tiempo que fuese necesario.

Nombrado como gobernante sucesor del presidente don Francisco González Manrique, don Sebastián de Eslava tenía vara alta en la corte, en donde había ejercido el cargo de ayo del infante don Felipe, y era comendador de Calatrava y teniente general. Como hombre de gran valer, de pericia y de mérito, se le había encomendado la reinstalación del virreinato, suspendido desde 1724 por la inercia e ignorancia del primer virrey, don Jorge Villalonga.

Hallábase Eslava en Cartagena cuando ocurrió la sorpresa de Portobelo, a fines del año de 1739, y en seguida la tentativa que hizo Vernon para entrar en el puerto de Cartagena. Aquello le obligó a quedarse allí, para animar con su presencia a los defensores de la plaza, así como para aguardar la contestación a las representaciones que hizo consecutivamente

(1) Hemos consultado para escribir este capítulo *The naval and military memoirs of Great Britain from 1727 to 1783*, por Robert Beaton. Obra citada en el 2º tomo de la *Historia General de las Antiguas Colonias Hispanoamericanas*, por don Miguel Lobo.

(2) Varios autores nacionales —entre otros el señor Groot, en su *Historia Eclesiástica*; el señor J. M. Vergara, en su *Cuadro Cronológico*, etc., etc.—, dicen que Eslava arribó a Cartagena el 24 de abril de 1740. Pero, según datos recientes que hemos consultado, entre otros el que da don Dionisio Alcedo, que fue el sucesor del presidente de Panamá, y escribió sus obras en aquella época, Eslava salió de El Ferrol el 16 de octubre de 1739, y estaba en Cartagena cuando ocurrió la toma de Portobelo, o llegó inmediatamente después de aquel suceso.

a la corte, en que pedía encarecidamente y con urgencia socorros para Portobelo y Chagres, que habían sido arruinados por los ingleses. Suplicaba también que cambiasen al teniente general de Portobelo, don Dionisio Martínez de la Vega, el cual ya se había inutilizado por motivo de su edad y enfermedades. Pedía que mandasen en su lugar un empleado importante, pues aquellos sitios debían conservarse de manera que los enemigos no pudiesen volver a apoderarse de ellos (1). Además de esto pidió que le mandasen de España la tropa, municiones y pertrechos de guerra que consideraba indispensables para defender aquella ciudad, asegurando que si le enviaban lo que necesitaba él y el teniente general don Blas de Lezo, respondían ambos con sus cabezas de la conservación de Cartagena.

Por esta vez se manifestó el gobierno español activo y cuidadoso: despachó inmediatamente a Cartagena tres segundos batallones con banderas y oficiales de los regimientos de *España*, *Aragón* y *Granada*, y grande acopio de armamentos, pertrechos y cuanto podía necesitar la plaza. Entre tanto, don Blas de Lezo había hecho trincheras formidables, y guarneciéndolas con muchos cañones de superior calibre, de a 24 y de a 18 (2). El gobernador de la plaza, don Melchor de Navarrete, había tenido cuidado de preparar con tiempo, enseñándoles sus deberes con la mayor actividad, a los mil cien soldados españoles, quinientos criollos y seiscientos indios de trabajo que tenía a su cargo, junto con las seis naves de guerra, tripuladas con cuatrocientos soldados y seiscientos marinos, que se hallaban en el puerto.

Pero si los ingleses habían sido tan descuidados que no se tomaron el trabajo de averiguar con certeza cuál era la guarnición de las plazas españolas, don Blas de Lezo, al contrario, había logrado introducir dos espías en la armada de Vernon, los cuales, no bien hubo surgido la escuadra en Playa Grande, cuando, aprovechándose de una noche oscura y lluviosa, lograron alejarse de las naves del enemigo, y desembarcar en la Punta de la Canoa, y de allí, por veredas recónditas y excusadas, entrar en Cartagena y presentarse al bravo don Blas, que les aguardaba con la mayor ansiedad.

—No hemos podido, dijo uno de los espías, averiguar cuáles son las intenciones de los ingleses con respecto a la manera como atacarán la plaza.

—¿Y a qué os mandé entonces? exclamó el teniente general.

—A que averiguásemos la fuerza exacta que tiene el enemigo, y lo demás que pudiésemos descubrir.

—Es verdad. ¿Y lograsteis esto?

—Cumplimos enteramente con la primera parte de nuestra comisión, y en el papel que tenemos aquí hallara su excelencia apuntado el número de cañones y los nombres de sus comandantes y capitanes. Además de eso, supimos, de una manera exacta, que traen nueve mil hombres de desembarco; dos mil negros de trabajo tomados en Jamaica y armados con excelentes machetes, fuera de las tripulaciones de los navíos; el servicio de

(1) Entonces, dice Alcedo y Herrera, fue él nombrado en el lugar de Martínez de la Vega.

(2) *Providencias de España*, por don D. Alcedo y Herrera.

hospital, que viene en una nave aparejada para el caso, y noventa buques de transportes, dos bombarderas y otras embarcaciones de menor fuerza, con un soberbio tren de artillería de primer orden (1).

Leyó don Blas de Lezo el papel que le entregaron los espías, y al cabo de un momento dijo:

—Así, pues, nosotros por todo no alcanzamos a contar con tres mil combatientes; ellos nos atacarán con mucho más de doce mil hombres por junto... Pero eso no importa. Juro a Dios que, con la protección de su Santísima Madre, hemos de rechazar a los ingleses y levantar en alto el estandarte que nos ha confiado nuestro señor el rey de España.

—Traen unas medallas, dijo uno de los espías, con las cuales pretenden recompensar a los más valientes de los suyos, en las que dicen que han representado a usía entregando las llaves de la plaza de Cartagena y con rodilla en tierra.

—¡Los malvados! exclamó Lezo, palideciendo de rabia. ¡Primero me verán muerto que cobarde! ¡Si Dios me concede la victoria, estoy listo a entregar la vida en la demanda, pero no antes de haber visto huír vergonzosamente de estas playas al jactancioso y soberbio enemigo!

La Providencia aceptó aquel voto del valiente general, como después veremos.

(1) He aquí los nombres de los navíos de guerra, etc., según lo que publicó el señor J. J. Nieto, en su *Geografía de Cartagena*:

Navíos	Cañones	Comandantes
El Russel	80	Capitán Norris; a su bordo sir Chaloner Ogle, contraalmirante de la escuadra.
El Torbay	80	Capitán Gascoyne.
El Cumberland	80	Capitán Stuart.
El Boyne	80	Jefe de escuadra Lestock.
La Princesa Amalia.....	80	Jefe Hermington.
El Chichester	80	Capitán Roberto Trevor.
El Norfolk	80	Capitán Graces.
El Shrewisbery	80	Capitán Townshend.
La Princesa Carolina.....	80	Capitán Griffith.
El Suffolk	70	Capitán Davies.
El Buckingham	70	Capitán Mitchel.
El Oxford	70	Lord Fitzroy.
El Príncipe Federico.....	70	Lord A. Beauclerc.
El Príncipe Orange.....	70	Capitán Osborne.
El Lyon	60	Capitán Cotteril.
El Weymouth	60	Capitán Knowles.
El Soberbio	60	Capitán Harvey.
El Montague	60	Capitán Chalmers.
El Deptford	60	Capitán Mostyn.
El Jersey	60	Capitán Laurence.
El Augusto	60	Capitán Dennison.
El Dunkerke	60	Capitán Cooper.
El Ripon	60	Capitán Joliff.
El York	60	Capitán Coats.
El Litchfield	50	Cleveland.
Total.....	1.720	
Brulotes		
El Oetana.		El Vesubio.
El Firebrand.		La llama.
El Phaeton.		El Vulcano.

No bien había clareado el día 5 de marzo, cuando los cartageneros vieron una nube de naves pequeñas del enemigo, fondeando en línea lo más cerca posible de la playa, sin duda para defender y proteger el desembarco de las tropas sobre la Playa Grande.

El general español mandó inmediatamente que se atrincherase una gran parte de las tropas por aquel lado. Pero en breve se vio que aquélla era una estratagema del enemigo para dar tiempo a varios oficiales marinos e ingenieros a que reconociesen el puerto y la plaza, y buscasen un sitio propio para el desembarco de las tropas, así como también sondear las costas para reconocer hasta qué punto podrían acercarse las naves grandes de guerra.

Varios días gastaron los ingleses en aquellas averiguaciones, sin que los de adentro pudiesen impedirlo. Al amanecer del día 9 de marzo sir Chaloner Ogle en su buque —*El Jersey*—, enarbolada bandera inglesa y la insignia de su rango, llevando a su bordo al general Wentworth, seguido de otro navío de alto bordo en que iba el almirante, y con mucha tropa de desembarco en ambos navíos, se encaminó hacia la boca del puerto, a batir los fuertes de Santiago y San Felipe, en Boca Chica (1) y tratar de apoderarse de la pequeña fortaleza de Chumba. El comodoro Lestock, con la tercera división, trató entre tanto de dividir la atención de los que defendían la plaza, mientras que otros buques, el *Norfolk*, el *Shrewsbury* y el *Russel*, iban a reforzar a los jefes que atacaban los castillos de San Felipe y Santiago. En la fortaleza de Chumba se encontraba una pequeña guarnición, la cual trató de abrir fuego sobre los buques a su paso por delante;; pero entonces el capitán de la *Princesa Amalia*, navío de 80 cañones, la atacó con tanto brío, que los españoles no pudieron defenderse por no haber artillado con tiempo las baterías de fajinas, y sus fuegos fueron apagados.

Entre tanto los ingleses habían atacado los castillos de San Felipe y Santiago con una fuerza tan superior a la que había adentro, que no solo apagaron sus fuegos en el espacio de una hora, sino que desmantelaron y abrieron enormes brechas a las fortalezas, las cuales fueron abandonadas por los españoles. Pero si los ingleses eran dueños de los dos castillos de la isla de Tierra Bomba, los españoles conservaban los de San Luis y San José, el primero en el extremo de la isla de Barú, y el otro en un islote del mismo lado. Los ingenieros de los enemigos pasaron varios días disponiendo las baterías que deberían defender a los que fuesen a atacar aquellos dos castillos.

Al fin, el 19 de marzo, resolvieron atacar una de aquellas baterías, la cual, aunque defendida con brío, no pudo resistir al gran número de los que la embestían, y los españoles la abandonaron. Desde aquel día hasta el 23, en que el enemigo atacó simultáneamente con todas sus fuerzas de mar y tierra y de artillería la fortaleza de San Luis, el fuego no cesaba por ambas partes día y noche. Allí fueron desbaratados dos buques ingleses, muerto el comandante de uno de ellos, el jefe de ingenieros y varios oficiales; gran número de subalternos quedaron fuera de combate. Los españoles

(1) Uno de estos fuertes ha desaparecido; el otro es el llamado hoy San Fernando.

perdieron un buque que les llevaba auxilios y municiones, y después tres navíos de guerra, y quedaron desmanteladas y arruinadas las fortalezas durante el ataque del día 24.

Era imposible ya defender aquellos fuertes, y el gobernador de San Luis resolvió echar bandera blanca y tocar llamada de capitulación. El almirante Vernon, que iba en uno de los buques que más se habían acercado a las fortalezas, exclamó con vengativa ira:

—¡No hay cuartel! ¡A ellos!

Así fue como los ingleses respondieron a aquella señal de rendimiento con todo el fuego de sus baterías, a tiempo que se vio que sus tropas en tierra hacían ademán de acercarse, aunque no lo ejecutaron inmediatamente. Entre tanto, el gobernador de San Luis mandó tocar retirada, y con las primeras sombras de la noche se embarcó con el mayor orden y serenidad en lanchas y botes que tenían preparados para el caso el virrey Es-lava, que había previsto aquel trance, y esta guarnición, así como la del fuerte inmediato de San José, se incorporó sin el menor desorden a las tropas de la plaza, a la cual lograron retirarse durante la noche. A la madrugada los ingleses tomaron posesión de la entrada del puerto y de los castillos adyacentes.

Fuera de haber perdido la tropa enemiga algo más de quinientos hombres en aquella empresa, los españoles tuvieron la satisfacción de ver completamente destruidos a cañonazos, y casi inservibles, varios navíos de guerra, y entre otros el famoso navío *Shrewsbury*, que tuvo que retirarse a una playa cercana, ya enteramente destrozado.

Los ingleses eran dueños de Boca Chica y de la entrada de la bahía de Cartagena; pero aquel triunfo les fue fatal. Como desembarcasen las tropas en las cercanas playas malsanas, expuestas a ardentísimos soles, careciendo de agua y del abrigo necesario en aquellos climas, al cabo de pocos días habían muerto muchísimos ingleses de fiebre, sin poderse defender absolutamente de aquel contagio, que atacaba a oficiales y soldados.

Habían encomendado a los ingenieros ciertos trabajos preparatorios para atacar la plaza de Cartagena; y como éstos tardasen mucho en aquellas operaciones, Vernon se enfureció, buscó al general Wentworth, que nada tenía que responder de la morosidad del ingeniero, y le dijo palabras tan recias e insultantes, que Wentworth se resintió, hizo propósito de nunca más volver a tratar a Vernon, y resolvieron ambos hacerse una guerra cruda, cada uno para que no se desluciese el otro. La verdad era que ambos comprendían, aunque tarde, que el valor de los españoles y las intemperies del clima, que diezmaba a los soldados y marinos, les producirían más pérdidas que ganancias, y que la toma de la plaza de Cartagena, si acaso la llevaban a cabo, costaría más caro de lo que habían pensado. Entonces, para sincerarse de los cargos, ambos resolvieron echar cada cual la culpa de todo a su compañero y cofrade en el mando de la expedición.